

EL SALAMANQUINO

PERIÓDICO DE CIENCIAS Y LINGÜÍSTICA.



Este periódico, al cual se suscribe en Salamanca á 4 rs. al mes en las librerías de *D. Juan José Moran* y *D. Domingo Blanco*, y 5 rs. fuera franco de porte en las principales del reino, se publicará una vez cada semana.

INMORALIDAD DE LOS GOBIERNOS.

Las sociedades del siglo XIX agitadas por una inquietud incesante cambian de gobiernos, como los niños de juguetes, y en tanto el pueblo abrumado bajo el peso de las cargas públicas, sin fe en los que le mandan, sin esperanza y sin porvenir, cada vez se encuentra en situación mas angustiosa, y si se mueve al empuje de violentas ambiciones, es á manera de un calenturiento á quien su malestar y desasosiego no permiten permanecer en la misma postura. Los hombres honrados tienen sin embargo obligacion de responder al llamamiento del pueblo, cuando su causa es justa: al frente de las revoluciones tienen una doble mision que cumplir, la de procurar el triunfo y la de encaminarlas por la via mas recta sin que el crimen las manche, ni las bastardee el influjo de bajas pasiones.

El alma se siente desfallecida al recorrer la larga série de gobernantes que se han sucedido en un corto número de años en las monarquías constitucionales de Europa y en las repúblicas de América, y contempla con dolor tanta sangre vertida sin fruto, tantos hombres de valor y de talento perdidos, tanta miseria y tanta falta de virtud y de pundonor. Por doquiera que se tienda la vista se experimenta el amarguísimo disgusto de contemplar un cuadro lúgubre en que la maldad tiene alzado un trono. En todas partes se ve á los hombres encargados de hacer la ventura de los demas arrastrarse en un cieno inmundo, y al través de palabras hipócritas solo se descubre odio en el corazón y miras de interes propio en el entendimiento. El proyecto mas beneficioso á los pueblos, la medida mas salvadora, la ley mas justa fracasan ante el influjo de la lisonja ó del

oro. Los legisladores que el pais elige y en quienes deposita una confianza omnímota, son los primeros que le burlan, y con la patria y la libertad en los labios tienen el egoismo y la sordidez en el corazón. No esperéis, si son propietarios, que respeten la mísera condicion del colono, que le ayuden á levantar la pesada carga que le abruma ó que enjuguen las lágrimas de una familia esquelética víctima de su dureza y de su avaricia. Si son comerciantes, no esperéis que las cargas públicas se distribuyan con igualdad y con justicia, la propiedad territorial será la que entonces sienta todo el peso de los tributos, y no habrá cuidados ni sacrificios que la industria mercantil no reclame aun á costa del tesoro público y de la riqueza nacional. Si no tienen mas patrimonio que su talento, no esperéis que el número de los empleos inútiles se disminuya, ni que se ponga coto á las ambiciones funestas que se abalanzan por doquiera tras de la ostentacion y la riqueza. No lieis de sus pensamientos brillantes, de sus sistemas utópicos de felicidad social ni de su elocuencia arrebatadora; mienten cuando se dirigen la palabra y son tan hipócritas como fermentados. Por doquiera vereis el oro convertirse en divinidad, y la ambicion en reina del mundo. Los ardientes y celosos defensores de los intereses públicos, los arrebatados tribunos, los exagerados demócratas bien pronto mudarán de papel, y arrojarán la máscara, si una próspera suerte los encumbra al puesto de los gobernantes caidos. Los hombres de ataque serán hombres de resistencia, defenderán lo que combatieron, adolecerán de las mismas faltas que no disimularon, y cederán á su vez al recio empuje de una oposicion destemplada y ambiciosa. No esperéis que los hombres de partido hagan el mas leve sacrificio en favor de la causa comun; cuando sus intereses lo exigen, pisan la patria con sus pies ingratos y

el quejido de sus compatriotas no escita ni simpatías en su corazón ni remordimientos en su alma. Y no creais tampoco que las opiniones dividen generalmente á los hombres públicos, y que sus sistemas sean distintos; las opiniones son una careta hipócrita con que cubren la hediondez asquerosa de su ambición y de su avaricia. Todos los que mandan son del partido del orden, y todos los que quieren mandar se erigen en abogados de la libertad y de la causa del pueblo. Frecuentemente el orden de los primeros es la opresión y la injusticia, y la libertad de los segundos la licencia y el desenfreno. Leed la prensa periódica, ese eco de los partidos, y ella os dirá que el lenguaje de los unos es igual al de los otros cuando las circunstancias son las mismas, y ella se os presentará como una revelación cruel de la triste farsa que están representando los pueblos.

Esta es la causa de la desconfianza pública, cuando nuevos hombres se presentan en la arena política. «Todos son iguales» esclama el pueblo con una verdad amarguísima y desconsoladora: esas palabras son una fórmula tan exacta como breve que revela lo que son los gobiernos. Por eso la sociedad está en una lucha continua con los que la dirigen, por eso se gastan los hombres mas eminentes por su saber y por su genio, por eso dura y por desgracia durará todavía esa enfermedad inquieta que agita las naciones, que las empuja en pos de un fin á que no arriban nunca y que las desorganiza, las destruye y las consume. Por eso el respeto á la autoridad, ese freno cien veces mas poderoso que formidables é inmensos ejércitos, ha desaparecido de entre nosotros, y es poco menos que imposible dar orden y concierto á esos ricos países que tan desvanecidos se encuentran con su civilización y sus conquistas. No, no hay que esperar que los pueblos respeten el poder mientras los gobernantes sacrifiquen el bien público á su propio bienestar, y se ceban en los tesoros nacionales en vez de llenar la alta misión que sobre sus hombros pesa, á la manera que un ejército hambriento se detiene á repartir el botín en vez de completar la victoria y desbaratar al enemigo. Mas desgraciadamente tampoco hay que esperar que los gobiernos abandonen esa senda de iniquidad y de desorden; el mal está hondamente encarnado, y una historia lúgubre escrita con lágrimas y sangre nos va presentando en la escena del mundo hombres cada vez peores, ambiciones cada vez mas insaciables, crímenes cada vez mas espantosos.

El espíritu se llena de aflicción y de amargura, cuando en alas de su deseo de inquirir y de aprender asciende al origen del mal intensísimo que deploramos. ¿Cuál es la causa de esa inmoralidad hedionda que no es achaque de los gobiernos de este ó del otro país, de este ó del otro partido, de este ó del otro año, sino de todos los países, de todos los partidos, de toda la época desgraciada que estamos atravesando? Duro y desconsolador es haber de tocar la honda llaga que lacera las sociedades; empero los pueblos no deben hacerse la ilusión de que sus males son obra exclusiva de los que los gobiernan. Los hombres que están al frente de las naciones son inmorales y egoístas, porque la inmoralidad es el agudísimo cáncer que corroe las sociedades modernas, y el egoísmo, ora bajo formas cultas, ora al descubierto y con un vestido cínico y asqueroso es el gran soberano del siglo XIX. Si: la sed de oro y de mando, la falta de buenas creencias, la práctica del vicio están en el pueblo, moran en los regios alcázares, en los salones del magnate, en el taller del artífice y en la choza del mendigo. Tended la vista en vuestro derredor y contad los hombres capaces de grandes sacrificios, de generosos desprendimientos y de virtudes heroicas. No será muy larga vuestra tarea ni abrumareis la memoria con catálogos extensos. Porque no habeis de llamar virtud ni honradez esa cobardía inactiva é inerte que no hace mal porque no puede, que desea medrar sin riesgo, y que es aduldora é hipócrita. Quizá no es tan malo el crimen atrevido y sin vergüenza; se le conoce al menos, se le puede combatir de frente, y encuentra un obstáculo invencible en la necesidad de paz que sienten los pueblos; pero el vicio que, cual un reptil, serpea dentro del hogar doméstico, el frío egoísmo que petrifica el alma, las pasiones sórdidas que hacen guerra á todo lo que es noble y sublime, ni pueden combatir con las leyes ni se detienen en su inícuca carrera con la perspectiva del castigo.

Ha habido otras épocas en que los hombres podían decir sin vergüenza el deseo imperioso en que ardía su corazón y el objeto á que habían alzado altares en su alma; la gloria ha sido el ídolo vano ante el que se han rendido avasallados por una fuerza superior é irresistible; este sentimiento tenía algo de noble y los pueblos le confesaban sin reparo y le aclamaban con entusiasmo. Mas en la época actual el oro es la primera divinidad del género humano; los hombres de todas clases la rinden un

culto fanático y la erigen templos dentro de su corazón. Las ideas más elevadas, los sentimientos más nobles, las virtudes más sublimes no ocupan nunca el primer término del cuadro donde se descubre el oro con su insultante y omnímodo poderío. Los banqueros son los reyes del mundo, sus deseos son órdenes, y un círculo servil de aduladores los aborrece y los rinde incienso. La felicidad de los pueblos se valúa por números, sus fuerzas por el dinero, sus virtudes por el crédito. Todo es mercantil, todo se calcula, todo se trafica. El honor, ese elemento poderoso de las sociedades feudales, ese tesoro santo de los antiguos paladines, en la época actual no es más que un nombre que rueda por los labios de todos y que está solo en los labios. Hablad de honor, de virtudes, de patriotismo, y todos repetirán vuestras palabras; pero no creais que han sido comprendidas. Hablad de oro y vereis encenderse los semblantes, palpar los pechos con entusiasmo y suceder á la indiferencia el placer y la actividad. El dinero vale más que la honra de la muger, que el valor del guerrero, que la ejemplaridad del clérigo, que la pureza del hombre público y que la felicidad de la patria. El dinero es el Dios del siglo XIX, la hipocresía y la bajaesa son su culto, y la ambición su ministro.

—¿Cómo es posible que en una sociedad desorganizada, sin fe en la virtud, y sin creencias, los gobiernos cumplan su misión ni aun sepan comprenderla? Los gobiernos se han hecho del fango, respiran sus vapores mefíticos y obedecen á una ley enérgica que los empoza en el lodo de que se formaron. ¡Inmenso pueblo, que tan escarnecido y tan postrado te encuentras! no echés á nadie la culpa de los desmanes del poder que te dirige; abandona la senda en que te precipitas, y los gobiernos que salgan de tu seno serán impotentes para resistir el saludable empuje de tu arrepentimiento.—*Santiago Diego Madrazo.*

LEGISLACION.

Nos hemos decidido á traducir y publicar en este periódico el siguiente discurso de Lermínier, porque además de su mérito tiene la circunstancia de ser poco conocido, y de referirse á una materia que va á tratarse por primera vez en nuestras universidades. Aquel

célebre escritor ha consignado en este tratado los principios más esenciales de su filosofía política, agrupando en un reducido cuadro las ideas cardinales de la ciencia social. Por consiguiente, no es una exposición completa de doctrina, es solo un bosquejo que puede servir de útil guía para relacionar la historia de los pueblos con sus instituciones.

Las lecciones más graves tiene que leerlas la humanidad en su historia: en ella está el almacén de los hechos, y á ella debe ir á buscar el político los fundamentos que den á su trabajo la solidez de la experiencia. Pero al estudiar la historia es menester ir provisto de principios filosóficos, á cuya luz los hechos se esclarezcan, y demuestren su enlace y procedencia. ¿Y cuáles son estos principios? La humanidad tiene sus leyes, y la filosofía consiste en el conocimiento de ellas.

Á este conocimiento se deben los progresos de las ciencias morales y políticas, y se deben la unidad y armonía de ellas, prenda de adelantamientos futuros. Las ciencias sociales han tomado un rápido vuelo, concentrándose todos sus esfuerzos en un foco, el deseo de mejorar la suerte del género humano. Este es el fin de las ideas, y no puede negárseles el poder de realizarlo. La historia es el cuadro en que se dibujan el desarrollo de la inteligencia y el progreso de los sociedades; dos acontecimientos paralelos. Pero ¿qué es lo que han hecho los escritores de la historia? Una galería de retratos y de batallas; han contado los muertos en los campos; pero muy de tarde en tarde han penetrado en las fuentes ocultas de los grandes sucesos. Porque los de la historia deben distribuirse en dos clases, sucesos capitales, que alteran la fisonomía de un pueblo dándole otra nueva, y sucesos episódicos, de menor cuantía, único producto de las pasiones, que si desgarran tal vez la superficie, no llegan á las entrañas.

La historia es la relación de la vida activa de la humanidad; y no se completa la de ningún pueblo si á la relación de sus movimientos no se enlaza la de sus ideas. ¿Y cuál será el medio más filosófico de conseguirlo? Comparar la historia y las legislaciones, puesto que son las fórmulas de los hábitos é ideas de los pueblos. La ciencia social sacará inmensos beneficios de este modo de contemplarlas que ahora empieza á estar en uso.

Proclama la filosofía que se preparan en la sociedad actual grandes transformaciones, y por cierto es cosa de admirar el que esta revela-

cion haya producido alguna sincera alarma. ¿Qué ha sido el mundo desde su nacimiento sino una serie de renovaciones? Su natural inclinación es perfeccionarse, y cada mejora es origen de otra; empezamos por la ignorancia, y nuestro desarrollo es progresivo. Semejante movilidad dijimos en el número anterior que es una ley universal y de las fundamentales del mundo; todo lo vemos á través del tiempo, y como este es instable, todo cuanto en su seno se efectúa participa de su condición. ¿Por qué admirarnos de que la humanidad, que ha llegado por grados á donde se halla, quiera continuar subiendo? ¿Nuestra situación es ya la mejor posible? Responda la inmensa mayoría del género humano, responda esa clase que hormiguea en las sociedades sin bienes materiales y sin cultura en el ánimo. Renunciar á la perfección equivaldría á renunciar las leyes de la existencia.

Convencido Lerminier de esta verdad, no la abandona un momento en sus obras, y tal vez en esta emite algunas ideas en religión y política que nosotros modificaremos ó suprimiremos en gracia de los genios asustadizos, no porque haya en ellas nada que ofenda á nuestros dogmas é instituciones. El tiempo de la impiedad ha pasado ya, y la filosofía moderna se apoya por el contrario, y encumbra el cristianismo: también ha pasado la época de ciertos principios anárquicos, y Lerminier, que está muy lejos de adoptarlos, no es acaso tan explícito como un célebre legitimista, el elocuente Chateaubriand (1).

Creemos, en fin, que haremos una cosa gra-

(1) Sirvan de ejemplo las siguientes palabras tomadas del cap. 51 del *Congreso de Verona*: «Nunca pensamos preservar definitivamente á la monarquía de la acción de los siglos: el universo va cambiando, principios nuevos destruyen gradualmente á los antiguos, y la democracia no dejará de reemplazar á la aristocracia y á los tronos. Pero cuidado no se confundan estas ideas revolucionarias del tiempo y las ideas revolucionarias de los hombres, es muy esencial distinguir esa lenta conspiración de los años de la que los intereses y sistemas precipitan; de no hacerlo así nos esponemos á perseguir al género humano creyendo perseguir una facción. Esto es lo que hemos comprendido, y por eso nuestro afán ha sido contener el movimiento facticio que lanzando muy ligera á la sociedad por el plano en que se resbala, la impediría recobrar su nivel cuando el mundo se transforme en república ó en monarquía republicana. Si se rompen con mucha violencia las trabas, es muy regular volver á enredarse en las cadenas; solo es duradera la libertad de aquellos cuyos yerros ha vencido el tiempo.»

ta á nuestros lectores publicando el siguiente discurso. — A. Gil Sanz.

Discurso sobre el estudio de las legislaciones comparadas.

I.

La primer ojeada sobre el mundo moral nos descubre que los espíritus están trabajados por internas agitaciones. Los problemas religiosos se remueven, y el cristianismo en esta vasta controversia aparece á la vez querido y criticado; sus méritos se aprecian con unción, sus eclipses empiezan á notarse, y al parecer á espaldas del cristianismo se prepara alguna cosa.

La filosofía acaba de revistar últimamente sus trabajos y sus resultados en el círculo del realismo dialéctico y del pensamiento alemán, y después aspira á deducir de lo presente y de la vida misma del hombre, de su organismo moral y físico derechamente observado, algunos principios enérgicos y simples que sirvan de base á novedades fecundas; lo que nos da derecho á decir que se prepara alguna cosa tras del eclecticismo germánico.

Los elementos de la sociabilidad empiezan á ser estudiados en legislación; se buscan los medios de encargar la dirección de los negocios de la humanidad á su razón misma, triunfando progresivamente de la fatalidad de lo pasado, de sus irregularidades y de sus inconsecuencias; por eso debemos decir también en justicia que bajo las formas de la constitución inglesa con que la mitad de la Europa está tapada, se prepara alguna cosa.

No podemos separar la metafísica de la política en la historia comparada de las legislaciones, porque debemos confrontar perpetuamente las ideas y los hechos. Las ideas en sí mismas son universales y todo lo abarcan; los hechos en su desarrollo histórico son parciales, desiguales, irregularmente progresivos; debemos tener constantemente á la vista la escala de las ideas y la escala de los hechos en el paralelismo de sus diferencias; «solo es positivo lo que es ideal, solo hay un derecho:» estas dos proposiciones que justificará la historia son las columnas del mundo moral.

II.

Profundamente verdaderas son las tradiciones de la humanidad. Escritas ó redactadas,

cuando las sociedades se asientan, aunan la sencillez y la reflexion, la alegoría y la realidad, las ilusiones poéticas de los primeros años y esa otra poesía hermana de la filosofía, que todo lo comprende y anima, logrando el poder de unir estrechamente el símbolo y el pensamiento. Preciso es, pues, para recomponer la historia de la humanidad servirse discretamente de las tradiciones.

Las tradiciones hebraicas, mas recientes, menos complicadas y mas naturales que las egipcias é indostánicas, convienen con los sentimientos de otros pueblos en mostrarnos en la inocencia el primer estado del hombre y del mundo. Cuando se vició esta edad de oro empezó el reinado de la fuerza brutal, época de los gigantes, y el castigo que siguió en breve abrió la *época del diluvio*. Estos son los preludios de la historia del género humano, este es el modo con que se ha representado sus primeros dias, esto es lo que él toma por recuerdos.

Pero la historia y la vida de la humanidad se abren realmente sobre la tierra, encenagada todavía con las aguas del diluvio. Segun la tradicion, la caza fue la primera accion del hombre, y Nemrod era un grande cazador en el pais de Chinar. El ejercicio duro y grosero de esta vida tornaba al hombre violento, voraz y descuidado; pero tambien era esta existencia un principio de accion, de movimiento para las facultades humanas, y de aparicion para las nociones del derecho. La caza, que no se destinaba entonces al esparcimiento, sino á la provision de subsistencias, requeria valor y paciencia, inteligencia en el mando y docilidad en la ejecucion. Ademas, conseguido ya el precio de la caza, sin el auxilio de las ideas constitutivas del derecho no podia distribuirse; puesto que todos se habian espuesto á los mismos peligros, debian ser las partes iguales; *nocion y principio de la igualdad*: pero uno de los cazadores habia guiado á los otros, y desplegado á su cabeza el talento de dirigir los hombres, y á este se le concedia voluntariamente una parte mas crecida; *nocion y principio de la superioridad moral*. Progresó la vida cazadora y se trasformó en nómada, porque no contentos los hombres con perseguir y matar los animales, empezaron á distinguir los que menos temibles y mas blandos podian fácilmente amaestrarse, y los sujetaron, reservando las flechas para los que ostentaban una ferocidad incorregible. Animales admirados de su yugo arrastraban un tosco carró cargado de toda una

familia; los hombres antecogian sus rebaños, y esta sociedad nómada, que á cada paso mudaba de lugar de destino y de aventuras, convertia con propiedad la vida en un viaje. Eran los hombres en esta vida menos destemplados que cuando únicamente se entregaban á la caza; como se fatigaban menos, usaban mas moderadamente del alimento y de la bebida; frecuentábanse mas sus relaciones, y se afirmaban los lazos de la paternidad y del matrimonio: se les ocurrieron las primeras nociones de agricultura, porque en sus acampamentos observaban la germinacion y sazon de los frutos de la tierra; no degollaban á sus prisioneros, sino que los esclavizaban; aunque no escribian, se referian ciertas tradiciones; y si no conocian la moneda, no ignoraban el cambio: la vida moral en fin habia hecho progresos que preparaban otros. La vida pastoral es una natural transicion al estado agrícola y al positivo establecimiento de las sociedades. En la tradicion hebraica tenemos bien presentada la continuacion de estos sucesivos medros, la edad de oro, los gigantes, el diluvio, Nemrod, la torre de Babel, aquella precoz unidad, el estado pastoral, la emigracion en Egipto, Moisés. El movimiento, sin embargo, se ha apagado en algunos pueblos, y la vida nómada en ellos no se ha desenvuelto con otros progresos. La Siria, por ejemplo, tiene sus pueblos pastores y sus tribus errantes; nada ha podido fijarlos, y la palabra de Mahoma ha caido en vano sobre esos árabes enamorados del desierto que recorren en sus camellos: se han encaprichado en su libertad salvaje, y no quieren encerrar á Dios en la mezquita de la Meca. Pero el árabe del desierto que debió seguir al profeta, porque siempre deben seguirse las ideas, al rechazarle renunció el porvenir, la inteligencia y la gloria, y se condenó á ser nada en la vida de la humanidad.

La tierra se disponia á ocupar en la suerte del hombre el lugar que de antemano le fijó la naturaleza de las cosas, y para ser mas fecunda, esa madre del género humano incitaba á sus hijos á que la desgarrasen. Se decidió por fin el hombre á la cultura del inmóvil teatro que pisaba, se hizo entonces sedentario y laborioso, y dobló su poder dándole una aplicacion firme y perseverante.

Todas las nociones del órden moral y jurídico aparecieron con la agricultura; la familia se arraigó en el suelo, y determinó sus relaciones: el matrimonio tuvo mas afectos y santidad, y los hijos mas obediencia y ternura: las

representaciones de la divinidad que se habia forjado el hombre en la vida cazadora y pastoral se hicieron mas positivas y mas puras; en fin, aplomando el hombre su actividad sobre la tierra, y penetrando en ella como una reja cortante, llegó á concebir de un modo y con una fuerza nueva el sentimiento de la propiedad y su derecho.

Preciso es aqui considerar el lenguaje de las tradiciones humanas, porque todas ellas han convenido en atribuir á la agricultura la creacion de la sociedad. Isis enseñó á los egipcios á usar del trigo y de la cebada, les dió tambien sus primeras leyes, les hizo ver la justicia, y por el miedo del castigo les arrancó de la violencia. Ceres está tambien en posesion de la misma gloria. Ningun escritor ha espuesto mas exactamente la opinion de la antigüedad que Macrobio (Saturn. lib. 3. cap. 12.): *Leges Ceres dicitur invenisse; nam et sacra ipsius themisferia vocantur. Sed hoc ideo fingitur, quia ante inventum frumentum à Cerere, passim homines sine lege vagabantur. Quæ feritas interrupta est invento usu frumentorum. Itaque ex agrorum divisione inventa sunt jura.* Se engaña Macrobio en pensar que antes de usar del trigo no conocian los hombres ley alguna, porque con la primera accion humana nació la idea del derecho; sin embargo, este error es precioso porque espresa la opinion que entonces tenia la humanidad. Y aquella frase «*itaque ex agrorum divisione etc.*» nos muestra que se confundia el derecho mismo de propiedad con la propiedad inmóvil considerada como fuente y ocasion de todas las transacciones civiles. Cayó pues el género humano en la ilusion de atribuir á la agricultura el origen de las leyes y derechos cuyo mas alto crecimiento provocó únicamente, y tambien cometió la falta, muy natural entonces de hacer de la tierra la encarnacion por excelencia del derecho de propiedad; tan fuerte fue esta última opinion, que constituyó el derecho feudal despues de haber constituido el derecho romano.

Admitidas las primeras nociones del derecho y de la agricultura, manifestó el hombre no complacerle nada que pudiese turbar la ordinaria carrera de sus hábitos y conocimientos, y quedó la tierra sometida á la doble inmovilidad del arte y del derecho.

Dos revoluciones tiene que perfeccionar el siglo XIX, una en la agricultura y otra en el derecho civil: porque la agricultura ha de parar en un arte sistemático, en una industria científica que maneje los recursos y procedi-

mientos de la gran cultura, y la legislacion civil, abandonando los principios del derecho romano y feudal, debe apoyarse en las bases de la filosofia moderna.

El derecho de propiedad resulta naturalmente de la inteligencia y fuerza del hombre, y la actividad humana debe contarse como su causa eminente: asi es muy exacto este pensamiento de Tucídides: «Creed que no poseen las cosas á los hombres sino los hombres á las cosas.» La propiedad raiz es solo una de las infinitas propiedades hijas de la fuerza humana, y que no anhelan guerrear con su hermana primogénita, sino tomar parte en su suerte. No temais labradores y propietarios, que no ambicionan vuestros hermanos esos pedazos de terreno, solo buscan la aptitud de la vida social. Ni el poeta ni el sabio, ni el mecánico, ni el estatuero abandonarán el gabinete, el taller, el laboratorio en que dan forma á sus ideas queridas, para ir á surcar un inculto terron: no; lo que reclaman por premio de sus estudios, de su genio, es el derecho de ciudadanía. Satisfecha entonces la igualdad, se dejará de desmenuzar el suelo de la patria, el arte se desplegará mas poderosa sobre vastos territorios, y parecerá cada nacion un jardin risueño y fértil en que gozarán sus hijos los frutos de la igualdad y de la tierra, y en que las leyes y la naturaleza formarán su ventura.

(Se continuará.)

SIGNOS INDICADORES Y PRONÓSTICOS DE LOS METEOROS.

(Conclusion.)

Sacados de las nieblas. Cuando las nieblas parecen atraídas hácia las cumbres de las montañas espérese la lluvia al primero ó segundo día: si en un tiempo seco suben las nieblas, es decir, parecen mas altas que de ordinario, espérese una lluvia repentina: las nieblas durante la luna nueva anuncian lluvia en el último cuarto, y viceversa. Si las nieblas se disipan ó bajan poco despues de la lluvia, espérese el buen tiempo: niebla completa antes de la salida del sol y á los alrededores de la luna llena suele ser indicio de buen tiempo por seis ú ocho días: si despues de puesto el sol, ó antes de salir se elevan nieblas blanquecinas de las aguas y de las praderas, suele hacer buen tiempo y c-

lor al día siguiente. El depósito de humedad en la superficie interior de los cristales de las vidrieras es indicio de buen tiempo por aquel día.

Sacados del sol. Cuando el sol está oscuro y como bañado de agua, cuando se levanta encendido y con bandas negras entremezcladas con sus rayos, ó cuando aparece negruzco, cuando está situado por bajo de una espesa nube, ó cuando se presenta rodeado de un cielo encendido al Este, deben esperarse lluvias. Las lluvias súbitas no suelen ser de larga duración; pero cuando el cielo se carga poco á poco; y el sol, la luna ó las estrellas van perdiendo paulatinamente su brillo, las lluvias indicadas suelen ser largas.

El aspecto del sol indica *buen tiempo* cuando se levanta claro y lo ha estado también el cielo durante la noche, cuando las nubes que le rodean á su salida se dirigen al Oeste, ó cuando está rodeado de un círculo claro y perfectamente concéntrico con su disco: finalmente cuando el sol se pone en medio de nubes encendidas.

Sacados de la luna. La palidez de su disco anuncia lluvia: también la anuncia lo obtuso de las puntas de su creciente, con especialidad á su primera aparición ó dos ó tres días después del cambio de luna; pero también anuncia buen tiempo después: el círculo al rededor de la luna acompañado de un viento del Sur anuncia lluvia al día siguiente: si con este mismo viento la luna no es vista hasta la cuarta noche, señal es de mucha lluvia durante el mes. La luna llena de abril, la nueva y llena de agosto traen consigo casi siempre lluvia seguida de buen tiempo.

Sacados de las estrellas. Las estrellas suministran señales de lluvia cuando parecen más gruesas y pálidas, cuando su centelleo es imperceptible, ó cuando aparecen rodeadas de un círculo. Espérense lluvias súbitas en estío cuando soplando viento de Oriente parecen las estrellas más grandes que de ordinario. Cuando las estrellas aparecen en gran número y centellean con vivísimo resplandor es señal de buen tiempo en verano, y de frío en el invierno.

SACADOS DE LOS SERES ORGANIZADOS.

1.º *De los vegetales.* El lirio de los valles, la anagalide de los campos y otras muchas plantas cierran sus flores á la aproximación de la lluvia; lo cual ha hecho llamar á la anagalide el

barómetro de los pobres. Una planta del Perú (parliera hygrometra), contrayendo sus hojas á la venida de la lluvia, la anuncia con bastante certidumbre.

2.º *De los animales.* Cuando amenaza lluvia las aves acuáticas que viven más en el agua que en tierra suelen venirse á las riberas, como los cormoranes; y las acuáticas que viven más en la tierra que en el agua suelen irse á ella, donde gritan y retozan, como los cisnes y gansos: las golondrinas rasan con más frecuencia entonces la superficie del agua: las demás avecillas desaparecen refugiadas en sus nidos: las gallinas y palomas se alejan poco de sus habitaciones ó no las dejan, se revuelcan en la tierra y sacuden frecuentemente sus alas: el gallo canta mañana y tarde batiendo las alas: la alondra canta muy de mañana: los burros rebuznan más de lo acostumbrado: los bueyes abren mucho sus narices, resoplan, miran al Mediodía y se echan: los caballos relinchan y retozan: los gatos se lavan la cara: los perros escarban la tierra y padecen rugidos de tripas: los ratones y gatos andan más alborotados: las ranas y sapos craquean mucho más: las lombrices salen en abundancia de la tierra: las arañas se caen de sus telas: las moscas se ponen más pesadas y fastidiosas: las hormigas se esconden en su habitación: los cínifes se ponen más chillones, etc. Pero si se ve á estos últimos juguetear en los aires, ó si las avispas aparecen por la mañana en gran número, y las arañas en el aire ó sobre las plantas, todo esto indica buen tiempo.

Mírase como cierto que las personas sujetas á padecer reumatismos ú otras afecciones semejantes, y las que han recibido heridas padecen más en el miembro lisiado cuando el tiempo está dispuesto á cambiar, y aun se ha notado que los dolores son bastante más vivos antes ó durante la depresión del barómetro.

Sacados de los seres inanimados. Cuando ha de llover la madera se hincha, las piedras y el hierro padecen como sudor, las cuerdas de los instrumentos músicos se rompen, las telas de los cuadros y los papeles pintados se relajan, la sal se humedece, un círculo notable aparece al rededor de las luces, los estanques se enturbian, etc. etc.

SIGNOS DE GRANIZO Y NIEVE.

Las nubes de un blanco amarillo y que caminan con pesadez á pesar del ímpetu del viento son una señal cierta de granizo. Si antes de

salir el sol el cielo está pálido hacia Oriente, y si los rayos refractados aparecen en nubes espesas, agüárdense tempestades con granizo. Las nubes blancas en estío son señal de granizo, y en el invierno de nieve, sobre todo cuando el viento es suave.

INDICIOS DE LOS METEOROS ÍGNEOS.

Cuando el tiempo está sofocante y el suelo se hiende la tempestad está próxima, un vienteillo intermitente suele precederla inmediatamente. Cuando durante el estío ha soplado el viento Sur durante dos ó tres días, y las nubes forman grandes pelotones blancos, que se acumulan unas sobre otras como montañas, y se ven por bajo nubes negras, agüárdese lluvia con truenos. Si aparecen hacia puntos opuestos del horizonte dos nubes de esta especie que se van acercando la tempestad empieza muy pronto.

Se ha observado que el viento Sur es el que mas tempestades trae y el de Oriente el que menos.—*Manuel Hermenegildo Dávila.*

LA VIRTUD.

¡ Virtud, virtud! nombre hueco,
Que los siglos por herencia,
Al hundirse en el no ser
Al hombre mezquino dejan.
Si no eres nombre, virtud,
¿ En dónde se halla tu idea?
En la sangre de la historia
Se encontrará la respuesta.
Envuelta en lúbrico manto
Himnos te cantaba Atenas,
Y un blando lecho era altar,
Y el ministro una ramera.
Roma incienso te ofreció,
Y con su mano sangrienta
El cráneo de mil esclavos
Pedazos hizo en la arena.
Para el agreste germano
La virtud era la fuerza,
Su ministro era la espada
Y sus altares la huesa.
¿ Y entre nosotros qué es?...
Tanto su rostro se altera,
Que ni aun á fingir se atreve
El pensamiento una idea,
Cuando la frente de niño
El blando viento nos besa,

El corazon tiene fe,
Y un mundo de ángeles sueña.
Mas cuando el tiempo desgarras
Su velo á la vista ciega,
Las rosas que en sueños vió,
Espinas mira despierta.
¿ Por qué la seca vejez,
Fria, sardónica, muerta,
El mundo mira con ceño,
Y al ver el sepulcro tiembla?
Porque el mundo la engañó
Con nombres que el viento lleva,
Y teme hallar en la tumba,
Lo que no encontró en la tierra.
La virtud que para el niño
Es encantada floresta,
Donde entre púrpura y oro
Delicia sin fin se encierra.
Para el viejo descarnado
Que á morir viviendo empieza,
Es un puñal que no vió,
Pero que encontrar recela.
Cuando se tiende la vista
Sobre el cieno que nos cerca,
Donde hay poder, hay verdugos,
Donde hay pueblos, hay cadenas;
El rostro de la hermosura
Entre sus rosas revela
Corazon que punzan sierpes,
Y oculto el veneno llevan.
Para los ricos no hay ley,
Porque es la ley la riqueza,
Para los pobres no hay ley,
Porque es el dolor su herencia.
Nos halagan los amigos,
Y hasta que amemos, esperan,
Y cuando amamos, traidores
En punzarnos se recrean.
El cobarde nos adula,
El de valor nos desprecia.
¿ Luego es la virtud mentira!
¿ Luego el que la teme sueña!
¿ Con qué es un hombre mezquino,
Donde no cabe una idea!
Ó pobre, pobre mortal,
La duda es tu compañera.
¿ Por qué buscas la virtud
En el cieno que te cerca,
Y no vas en pos del eco
Que dentro del pecho suena?
¿ Quieres saber si hay virtud?
Oye su voz.....la conciencia.

Santiago Diego Madrazo.

SALAMANCA: IMPRENTA DE MORAN.